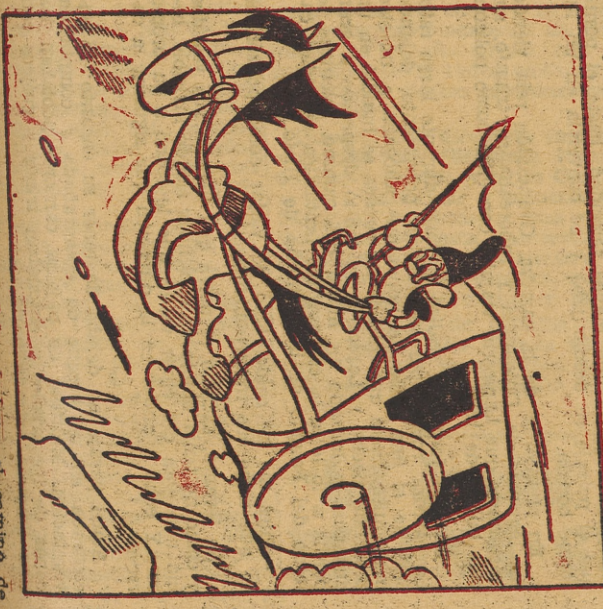


—Escucha, pajarito: ¿podrías decirme el camino de la Montaña de Hielo?



—Escucha, pajarito: ¿podrías decirme el camino de la Montaña de Hielo?
—¡Pi, pi, pípupipi! —contestó el pajarito.
Y se alejó revoloteando.
Lapicerín hizo la prueba con un pájaro disimulo.

ANDANZAS DE LAPICERIN

BIBLIOTECA DE "EL PEQUEÑO"

CAPÍTULO VIII

¡EN MARCHA!

El clavo de donde colgaba Lapicerín estaba muy cerca del salón, donde se había desarrollado la escena anterior, y por esta circunstancia, nuestro héroe pudo oír perfectamente todo cuanto había sucedido: el miedo del cuanito, el rabio del Hada Dulcimina y la cartajada del gigante Grandullon.

Tan cerca estaba, que al temblar el castillo por la traza de Grandullon, cedió el clavo que le sujetaba, y Lapicerín cayó al suelo de una manera muy violenta, después de dar dos volteretas en el aire.

—¡Así es que ha conseguido apresar a Dulcimina! ¡Torpe de mí! —se decía—. Solamente yo he tenido la culpa, puesto que he perdido la soruja de una manera tan torpe. ¡Pobre Dulcimina! Tan simpática que es... Y dispuesto a salvar al Hada, como había prometido navaró, con Pinusa, deambuló por los alrededores del castillo hasta dar con la puerta de entrada.

Poco tiempo necesitó esperar: no habían pasado cinco minutos cuando se abrieron los pesados portones y salió una carroza tirada por un brioso caballo y conducida por el enano carcelero. Dentro de la carroza sollozaba el Hada Dulcimina. ¡Pobrecilla! Iba camino del

—¡Está visto que estos pájaros no saben nada —exclamó—, cuando siguieron su camino, y ya iba a salir del bosque cuando vio sobre una rama



—¡Pi, pi, pípupipi! —contestó el pajarito.
Y como el otro, salió volando sin hacer caso de nuestro amigo.

BIBLIOTECA DE "EL PEQUEÑO"

ANDANZAS DE LAPICERIN

—¡pitipam, pitipam! — hasta llegar a la orilla de un mar extensísimo, que dejó perplejo a nuestro Lapicerín. ¿Cómo iba él a salvar este obstáculo?

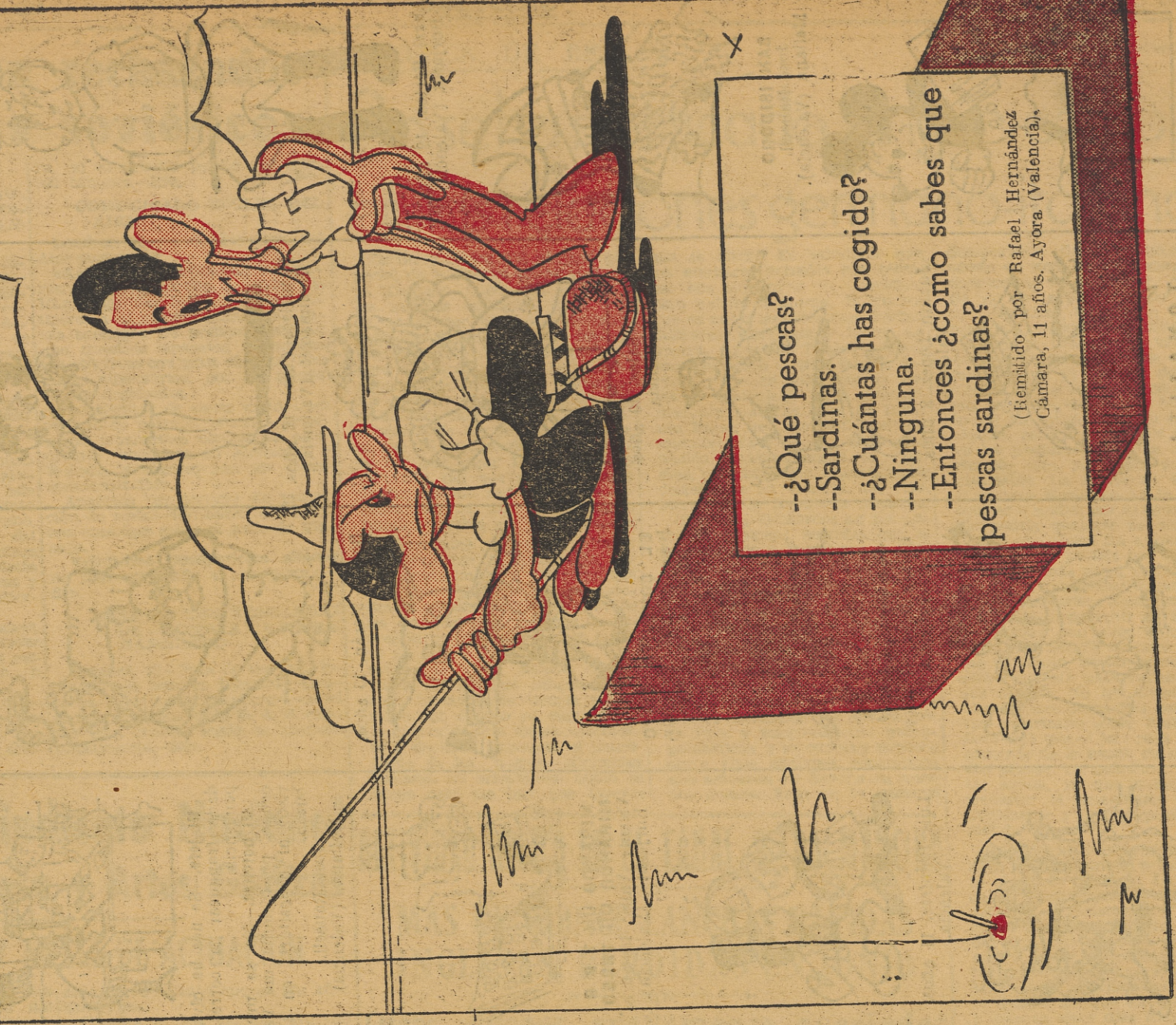
El pajarito fué a posarse sobre su hombro y con voz perfectamente clara le dijo:

—¿Qué piensas, Lapicerín? ¿Por qué no sigues? Tú estás destinado para grandes empresas y no puedes abandonarlas en el primer tropiezo. Entra en este mar y cuando salgas de él me verás, esperándote, en la otra orilla. Para llegar al Palacio que buscas has de afrontar los peligros de los tres elementos: el agua, el fuego y el aire.

El pajarito tardó el vuelo y se alejó rápidamente. El muñeco de tinta china recordó de nuevo los otros charlatanes. El programa se cumplía. Y como si fuese un campeón del deporte náutico, se arrojó al mar de cabeza, con el mejor de los celos.

¡¡CHAP!!

Su primera impresión al zambullirse fué una sensación extraña. Había cerrado los ojos y notó que iba bajando, bajando sin cesar sin tropezar nunca con el fondo. Poco después, el agua le ofreció más resistencia por último, sin saber como, se encontró de pie. Entonces abrió los ojos y quedó aterrado.



--¿Qué pescas?
--Sardinas.
--¿Cuántas has cogido?
--Ninguna.
--Entonces ¿cómo sabes que pescas sardinas?

(Remitido por Rafael Hernández Cámara, 11 años. Ayora (Valencia).)

Los hombres que vuelan

Por LUIS MOTTA

(Continuación)

Doubs, que baja del Jura, suizo; a la derecha apreció Châtillon. Marchal, en su vuelo, siguió el camino que conduce a Italia; se hallaba sobre Bougé, anidado a los pies de las primeras estribaciones del Jura helvético. A una altura de veintiocho metros encontró una corriente de aire favorable; venía del Oeste y arrastraba al aeroplano, su fuerza no era muy grande, pero en cambio apenas ejercía presión sobre el aparato. Marchal lo notó por los débiles esfuerzos que el motor hacía y por la insignificante resistencia que la hélice entraba en su movimiento de rotación.

El viento comenzó a empujar con mayor violencia al aeroplano, y en menos de una hora se encontró con que había recorrido una distancia aproximada de setenta kilómetros. Bourg se aproximaba; distinguíanse ya perfectamente los picos de las montañas, agrestes y salvajes, que se elevaban hacia el sol. Pero los aeroplanos, ni rasiro. ¿Dónde estaban? ¿En Bourg? ¿Habían continuado hacia el Rodano su marcha veloz?

Marchal descendió a unos diez metros del suelo, rozando al pasar las copas de las gigantescas encinas y de los floridos tilos. Hasta él llegaba un penetrante perfume, que se le subía a la cabeza; entonces forzó el vuelo y reguló la marcha del motor.

Marchal corría rápidamente hacia su destino, animado por el viento que de vez en cuando le azotaba la cara y que hacía temblar las células a través de las cuales huía el aire con un ligero rumor.

En poco tiempo pasó Bourg, y en lontananza buscó las aguas del lago de Eugey. Por el camino de Ain le escoltaban infinidad de automóviles.

¿No hacía más que pensar en Pierre Bounard, a quien aun no había logrado alcanzar!

La insistencia con que le perseguían ciclistas y automóviles le dio alguna esperanza.

¿No habrían pasado aun sus competidores?

Quiso desvanecer esta duda; tomó el megáfono, este aparato transmisor de los sonidos a distancia, y gritó:

—¿Llevo mucha ventaja? ¿Cuántos aviadores han pasado delante de mí?

La voz se esparció en ondas sonoras por la llanura. Como es sabido, los sonidos, por muy agudos que sean, proceden de arriba, se perciben con mucha dificultad, y, al contrario, los que proceden del suelo, llegan con toda claridad hasta los aeronautas.

Sin embargo, la voz transmitida por el megáfono resonó como una trompa entre los automóviles.

Estos miraron a lo alto, asombrados por el prodigio; algunos, y entre ellos una dama, gritaron con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Usted es el segundo!

—¡Bien!—repuso Marchal por el mismo procedimiento—. Pero, ¿quién me precede?

Nadie lo sabía a punto fijo y en las respuestas que le daban venían barajados los nombres de los principales aviadores: —¡Farman, Schotz, Bounard...

Con esta incertidumbre Marchal seguía adelantándose hacia el Ain, cuyas aguas brillaban, allá en el fondo, bajo los rayos del ardiente sol.

Poco a poco fueron cansándose las bicicletas y los automóviles en su persecución; sólo un automóvil parecía decidido a no abandonarle, y corría a todo escape hacia el gran puente del Marchal le perdió muy pronto de vista, porque desviándose un poco de la carretera, se dirigió hacia una línea de montañas que costaban el río.

Hubo un momento, cuando iba a volverse para examinar el sistema celular anterior de su aparato, en el que éste perdió bruscamente el equilibrio.

El aviador bajó con prontitud una palanca; el motor hizo un extraño, mientras que el aeroplano se inclinaba hacia adelante.

Marchal probó a ponerlo en equilibrio; pero su mala suerte hizo que las grandes alas de la izquierda tropiezasen con la copa de un árbol, haciéndole perder todo el equilibrio a la máquina, la cual cayó al suelo; las alas le sirvieron de sostén y bajó con suavidad. Marchal, pálido y desahogado, saltó del aeroplano.

Miró a su alrededor y se vio en un lugar desierto y solitario.

vale. La hora ya avanzada, tenía la tierra de un color uniforme; la brisa hacía temblar el ramaje con un murmullo monótono y continuo.

A lo lejos se oía el canto de las aves; entre dos balsas llenas de agua y cercadas de juncos y hierbas corría un arroyuelo, lento y pausado como si estuviera adormecido.

Una paz profunda reinaba por todas partes. Marchal examinó el aparato; la detención del motor había sido la causa que le había hecho bajar al aeroplano.

Las ruedas descansaban en el barbecho, y los planos, como unas alas inmensas, permanecían rígidos sobre los arroyuelos.

El aviador reparó a toda prisa el desperfecto, que por fortuna era de poca importancia, reconoció con cuidado los planos del aparato, vio si tenía alguna rotura y se dispuso a reanudar el vuelo.

Pero el problema era más difícil de lo que parecía: ¿cómo salir de aquel terreno enfangado? Los arroyuelos eran numerosos, anchos, difíciles de franquear sin exponerse a caer dentro y entangirse hasta las rodillas, y, por consiguiente, el aeroplano no podía correr; se necesitaba un terreno despejado, libre y firme al mismo tiempo.

¿Qué hacer?

Marchal estaba nervioso; contempló de nuevo el terreno desigual, herboso, sembrado de matas y juncos, suspiró después ante el espectáculo que ofrecía su aparato inerte, como muerto sobre el barro, donde se habían hundido las ruedas.

De pronto, y contra su voluntad, se echó a temblar; a lo lejos había oído un ruido sofof-tai-tai que se acercaba y luego el toque de una bocina.

—¡Un automóvil! ¡Una ayuda que me viene!—pensó el aviador, y abandonando su aeroplano salió corriendo hacia el camino.

En efecto, cuando él llegaba a la carretera aparecía un automóvil envuelto en una espesa nube de polvo. Marchal le hizo señas, gritó a voces, llamó desesperadamente, y, por fin, consiguió hacerse ver, y el aparato se detuvo cerca del lugar donde él estaba.

El conductor le reconoció.

—¿Es usted uno de los aviadores?—le preguntó.

—Sí.

—¿Marchal, si no me engaño?

—Por el acento se adivina que es usted parisiense; además, Marchal es el único que puede haber llegado tan lejos; nosotros somos italianos, y descendamos con toda el alma serenos a un inventor tan famoso como el que ahora nos dirige la palabra.

Marchal se inclinó, agradeciendo la fineza y pensando al mismo tiempo que aquellos deportistas tan amables debían conocer con toda seguridad su historia con Bounard. Sin pérdida de tiempo les refirió el accidente que le había sucedido. Nosotros le ayudaremos—repusieron con entusiasmo los automovilistas—. ¿Está muy lejos de aquí el aeroplano?

—Trescientos metros.

—¿En aquella ciénaga?

—Sí.

—Pues vamos en seguida.

Los atentos paseantes pusieron el pie en aquel terreno húmedo y ransoso. No tardaron en distinguir el aparato, que parecía más blanco aun sobre el verde de las aguas estancadas y de la hierba.

—¿No se trata de ninguna avería grave?—preguntó uno de los deportistas cuando estuvieron cerca del aeroplano.

—No, es una cosa insignificante, pero que no he tenido más remedio que bajar.

—¿Y está va reparada?

—Sí, está todo dispuesto.

Muy bien. Entonces empujamos el aparato hacia la carretera—añadió otro de los automovilistas.

Aunaron todos sus fuerzas, y después de grandes esfuerzos arrastraron las ruedas del aeroplano de la ciénaga en que se hallaban hundidas.

Guiándolo con habilidad, conduciéndolo por los sitios más secos, lo transportaron hasta la carretera.

Al terminar, todos se hallaban empapados en sudor, agotados y deshechos por el cansancio.

Marchal estaba livido como un cadáver; le brillaban los ojos, le temblaban las carnes; pero, sin embargo, experimentaba una viva satisfacción.

El camino se extendía a lo ancho en su presencia, muy bien dispuesto para que el aparato corriese por él antes de emprender el vuelo.

(Continuará)

¡REVOLTELLO!

¿QUE LE DIJO?

han tenido que estudiar para haberlo.

—¿Qué le dijo una chula a un calvo?

—¿Qué le dijo?

—¿Qué le cantó?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?

—¿Qué le cantó el criado a la señora?



José Ariño, 13 años. Torremó (Valencia).

CHISTES

El maestro. — Citame un nombre primitivo.

El Peque. — Pastel, bombón, tarta, caramelo.

El maestro. — Muy bien. ¿El derivado?

El Peque. — Un empucho.

Luis Grao (Valencia).

Hablando de cine.

—A ti ¿qué estrella te gusta más?

—Pues, la Estrellita Castro, ¿a ti?

—Pues a mí, el «astro-pajero».

Pepito Crespo Climent. 13 años. Valencia.

EN UN EXAMEN DE GRAMÁTICA

El catedrático. — Vamos a ver Juanito. Dime cuál es el sujeto en la oración «Pedro ama al perro».

Juanito. — El perro.

Ana María Mompó, 11 años. Valencia.

FALLA

infantiles



FALLA INFANTIL

P. Angel - núm. 7

Presidente, Vicente Ombueña, 13 años; vice, Enrique Pons, 13 años; secretario, Manuel Mangraner, 13; tesorero, Vicente Rodilla, 14; presidente de festejos, Emilio Salvador, 12; contable, Roberto Navarro, 10; cobrador, Antonio Maestre, 12; bellezas, Maríes Palomo, 3; damas de honor, Encarna Rodilla y Amparo Rodilla, 8 y 12; vocal, Araceli Gironés, 12.

Verde me crié; rubio me criaron; rojo me molieron; blanco me amasaron.

El trigo. Casco de grana; gran caballero. Capa dorada.

Verde fué mi nacimiento; y ahora me visten de blanco para llevarme a quemar.

Solución: el tabaco. Verde en el campo; negro en la plaza.

Solución: el carbón. Antonio Perales Antón 15 años. Requena (Valencia).

Entre dos paredes verdes

La mejor muerte

Un bufón ofendió gravemente a su soberano, el cual le condenó a muerte, después de reprocharle su crimen.

El bufón le pidió que le perdonara, en gracia a sus buenos servicios anteriores. Pero el rey, inflexible, sólo le concedió el derecho de escoger su muerte.

—¿Cómo quieres morir y decidete cuanto antes.

—Señor —contestó el bufón— quiero morir... de viejo.

Al rey le hizo tanta gracia la salida que le perdonó, respetando así el género de muerte escogido.

Alfonso Serrano, 13 años. Valencia.

